

Homilía de  
**MONS. DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, OBISPO DE TARAZONA,**  
en la Misa Crismal. Iglesia de San Francisco (Catedral sustitutoria)  
Tarazona, 12 de abril de 2006

Queridos sacerdotes, diácono, seminaristas  
Queridos todos, consagradas y fieles laicos, hermanos y hermanas en el Señor.

“Jesucristo nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén”.

Con estas palabras comienza la liturgia de la Misa Crismal, que estamos celebrando. Una celebración en la que la Iglesia Esposa se engalana para Jesucristo su Esposo, y recibe de Él los dones abundantes de su gracia, significados en los Santos Óleos para los sacramentos, abundantes ríos de gracia, que llegarán a todos los rincones de la diócesis.

Jesucristo es el centro y el protagonista principal de nuestra celebración. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. El don más precioso que Él ha hecho a su Esposa la Iglesia es el Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, derramado en nuestros corazones. Ese mismo Espíritu Santo aletea hoy sobre nuestra asamblea, llenándonos del gozo de su unción sagrada.

Jesucristo nos ha hecho sacerdotes de Dios. A todos, por el bautismo. A algunos, con amor de hermano, nos ha elegido para que por la imposición de manos participemos de su sagrada misión. La diferencia entre uno y otro sacerdocio, el común y el ministerial, es una diferencia esencial y no sólo de grado (LG 10), y están ordenados el uno al otro para el bien de la Iglesia. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Queridos sacerdotes. En esta celebración renovamos las promesas y compromisos sacerdotales que por amor a Cristo aceptamos gozosos el día de nuestra ordenación:

la obediencia que nos hace libres,

el celibato por el reino de los cielos,

la pobreza en nuestra austeridad de vida y en la transparencia al gestionar los bienes de la Iglesia,

la dedicación al ministerio, la predicación del Evangelio, la atención a los necesitados. Todo ello, sin pretender los bienes temporales (dinero, fama, escalafón, etc.) sino movidos únicamente por el celo de las almas.

Digamos rotundamente: “Sí, quiero”, y expresemos de esta manera nuestro deseo de seguir hasta la muerte en la entrega ministerial de nuestra vida al servicio de Dios y de los hombres, nuestros hermanos. El Pueblo de Dios necesita sacerdotes. Aquí estamos nosotros para gastar nuestra vida en este precioso ministerio.

La Iglesia necesita santos sacerdotes. Que la fiesta de hoy nos abra los ojos a esta vocación de santidad a la que somos constantemente llamados de manera especial en virtud del sacramento del Orden. No nos contentemos con ser buenos, hemos de ser santos. “Si somos sacerdotes, ¿por qué no santos?”, repetía Mons. Lahiguera, este arzobispo que tantos vínculos tiene con esta diócesis de Tarazona.

Dadas las circunstancias en que la Iglesia tiene que desempeñar hoy su misión, no podemos contentarnos con menos que con desear eficazmente ser santos. Más aún, estemos dispuestos a ser mártires de Cristo. Precisamente en este año 2006 se cumple el 70 aniversario de la página más gloriosa escrita por millares de sacerdotes españoles, que dieron solemne testimonio de su amor a Cristo con el derramamiento de su sangre. Que el Señor nos conceda afrontar hoy, como ellos lo hicieron entonces, las dificultades del tiempo presente, dispuestos como ellos a derramar la sangre por Cristo, si llegara el caso.

### 1. *Una nueva etapa para nuestro Seminario Diocesano de "La Inmaculada" en Tarazona.*

Doy gracias a Dios porque Él ha preparado vuestros corazones para recibir con amor la carta que he dirigido a todos los diocesanos sobre el nuevo rumbo de la pastoral juvenil, de la pastoral vocacional y del Seminario en nuestra diócesis de Tarazona. Es para mí motivo de gozo inmenso haber constatado esta reacción en el presbiterio diocesano, y veo en ello una prenda de futuras bendiciones de Dios para nuestra diócesis.

Habéis sido muchos, vosotros sacerdotes, los que me habéis dicho personalmente: Adelante, estoy con mi obispo en esta nueva ilusión que nos transmite esta carta. Y han sido muchos los fieles laicos y personas consagradas que me lo han expresado de múltiples maneras.

En la reciente asamblea plenaria del episcopado español, me ha servido de gran estímulo el apoyo insistente de mis hermanos en el episcopado. Varios de ellos me han dicho que tomaban esta carta como programa para su Seminario. A Él, a Jesucristo, sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

A todos, queridos hermanos sacerdotes, os agradezco el interés que habéis mostrado por el tema del Seminario. Es cuestión de vida o muerte para el futuro de nuestra diócesis. En el presente año académico se está impartiendo el Curso de Espiritualidad, como estaba programado. Va desarrollándose con toda normalidad y esperamos de él abundantes frutos en la formación de estos jóvenes que hoy sirven al altar.

Estos jóvenes constituyen, como podéis apreciar, una comunidad internacional: cuatro españoles, dos africanos, tres latinoamericanos. Ninguno de ellos es "de fuera", porque en la Iglesia ya no hay extranjeros ni forasteros, sino que todos somos conciudadanos y miembros de la gran familia de Dios (cf Ef 3,19).

La diócesis de Tarazona, experta en sensibilidad y en frutos misioneros, no sólo da de lo que tiene, sino que también sabe acoger para ayudar en su formación sacerdotal a este grupo de jóvenes, que en su día ejercerán el ministerio sacerdotal aquí en Tarazona y en otros lugares de la tierra. Ellos con su presencia y su testimonio enriquecen nuestra diócesis. Es una prueba más de que Tarazona se abre a la Iglesia universal, y de que la Iglesia universal se hace presente en Tarazona.

Queridos seminaristas, os miramos como a nuestros hermanos más jóvenes, como a hijos queridos. Sois un motivo de inmensa alegría para el obispo y para su presbiterio, especialmente en este día en que celebramos el sacerdocio de Jesucristo. Sabed que los sacerdotes presentes rezan por vosotros y desean que os forméis bien para el ministerio sacerdotal. Muchos de ellos incluso han vaciado su bolsillo para ayudar económicamente en los gastos de este Curso, que, con estas y otras limosnas, supondrá un coste cero para las arcas diocesanas.

Gracias, una vez más, queridos sacerdotes por esta generosidad, que expresa vuestra delicadeza sacerdotal.

Seguiré escuchando vuestras propuestas en un tema que es asunto de todos. Espero vuestra leal colaboración, como la habéis ofrecido hasta ahora en tantos asuntos. Es momento de ponernos todos a trabajar en la revitalización de la vida cristiana en nuestra diócesis. De ahí brotarán todas las vocaciones cristianas. No hay motivos para la pereza o el desaliento. Un presbiterio sano y trabajador, como el de Tarazona, puede mirar al futuro con esperanza. Dios bendecirá nuestros esfuerzos y escuchará nuestra oración incesante: "Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros a su mies" (Lc 10,2).

### 2. *"Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos" (S 132)*

Ha pasado más de un año de mi llegada a la diócesis, y a día de hoy puedo confesaros que me siento más a gusto entre vosotros. No han faltado sinsabores a lo largo de este tiempo. Pero, a medida que os voy conociendo, os voy queriendo más, y me siento querido y bien acogido por

todos. En lo primero, estoy seguro de decir la verdad: Os quiero con toda mi alma. En lo segundo, en cuanto a sentirme acogido por vosotros, si me equivoco, sería a favor vuestro.

Porque no me habéis elegido vosotros a mí, ni yo os he elegido a vosotros. Ha sido el Señor el que ha cruzado nuestros caminos, el vuestro y el mío, el mío y el vuestro, para que en adelante caminemos juntos, al servicio de una misma tarea en esta querida diócesis de Tarazona, asumiendo cada uno la responsabilidad que le corresponde. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos.

Gracias, queridos sacerdotes, por el trabajo de cada día. Gracias por vuestra dedicación a la tarea pastoral. Me habéis edificado muchas veces, es decir, me he sentido estimulado a ser mejor, al veros trabajar en la viña del Señor. He constatado en muchos de vosotros un celo admirable, que sólo puede venir del amor a Cristo y a su Iglesia.

Hoy es un día de fraternidad sacerdotal. Dejemos a un lado, si lo hubiera, cualquier motivo de distanciamiento, y gocemos de sentirnos hermanos unos de otros, del obispo con sus sacerdotes, de cada uno de los sacerdotes con su obispo, de todos los sacerdotes entre sí. “Os conviene correr a una con la voluntad del obispo” (S. Ignacio de Antioquía, *Ad Ef.* 4,1). Así entraremos en el triduo pascual habiendo estrechado los lazos de comunión fraterna para poder sentarnos a la mesa del Señor en el jueves santo, cumpliendo entre nosotros el mandamiento nuevo del Señor: “Amaos unos a otros, como yo os he amado” (Jn 13,34).

### 3. “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre” (Hb 13, 8)

En la conmemoración del 40 aniversario del Concilio Vaticano II hace pocos meses, el Papa Benedicto XVI, después de dar gracias a Dios por todos los bienes que nos han venido por este acontecimiento eclesial, nos ha alertado de una insuficiente y a veces equivocada recepción del Concilio de nuestro tiempo. Se ha invocado el Concilio para todo, y en algunos casos eso ha llevado a contraponer la Iglesia de antes del concilio y la Iglesia de después del Concilio, como si se tratara de dos Iglesias diferentes. Una buena lectura e interpretación del Concilio debe llevarnos a la “reforma en la continuidad” y debe evitar la “ruptura en la discontinuidad”.

Hemos que acoger toda la tradición viva de la Iglesia, como un río caudaloso que ha ido enriqueciéndose a lo largo de los siglos. El que se siente hijo fiel de la Iglesia es heredero del concilio de Trento y del concilio de Nicea, del concilio de Calcedonia y del Vaticano I. Y es heredero del concilio Vaticano II y de toda su tradición anterior. No renegamos de nuestro pasado ni establecemos rupturas como las que denuncia el Papa.

Una mente católica y universal se abre al horizonte secular de la Iglesia que lleva dos mil años de fidelidad fundamental a su Esposo Jesucristo, y es continuamente renovada por el viento del Espíritu, que no rompe con esa tradición viva del pasado. Recordemos aquí la exhortación de la carta a los Hebreos: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. No os dejéis arrastrar por doctrinas complicadas y extrañas” (Hb 13,8-9).

La Asamblea plenaria del Episcopado español acaba de aprobar una instrucción pastoral titulada “*Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II*”. Se trata de un documento muy iluminador, que acogeremos en nuestra diócesis para la formación permanente de sacerdotes, religiosas y seglares. La transmisión de la fe corre peligro, si no la testimoniamos valientemente con palabras y obras. Acojamos este documento como una ayuda importante para confesar la fe que salva al mundo. Estudiémoslo directa y detenidamente. Nos hará mucho bien a todos.

### 4. Preparando el Vº Encuentro Mundial de la Familia en Valencia

Está programado para dentro de tres meses el Vº Encuentro Mundial de la Familia en Valencia, en la primera semana de julio, con la presencia del Papa Benedicto XVI y con la participación quizá de dos millones de personas. Nuestra diócesis de Tarazona se ha adelantado a reservar un lugar para alojar a los que quieran participar en el evento. Será una fiesta de la familia cristiana, tal como Dios la ha diseñado, y será un impulso para tantas familias que encuentran fuertes dificultades morales y legales en el ambiente actual.

En el campo de la familia confluyen todos los temas de la vida humana. El matrimonio del varón y de la mujer santificado por la bendición de Dios y abierto a la vida, la fidelidad matrimonial de los esposos para toda la vida, la administración de las fuentes de la vida, vinculadas a la sexualidad humana, la educación de los hijos y el derecho de los padres a educar a sus hijos según sus propias convicciones, la transmisión de la fe en la familia, la atención a los mayores, especialmente en los años de su invalidez.

Vinculado al tema de la familia está el respeto al ser humano desde el momento de su concepción. No existe el pre-embrión como amasijo de células, sino que desde la primera célula humana fecundada hay vida, hay un patrón genético propio. Los avances de la ciencia dan la razón a todo este planteamiento. Interrumpir ese proceso vital es romper lo más sagrado de la vida, el primero y el más elemental de los derechos, el derecho a la vida. No se puede matar a unos para curar a otros. El progreso de la ciencia debe respetar el bien integral del hombre

El Hijo de Dios ha nacido y ha vivido en una familia, y de esta manera ha consagrado la familia como el nido querido por Dios para la acogida de la vida, para la educación en el amor, para la transmisión de la fe a los más jóvenes. La familia es el valor más estimado en nuestra sociedad, incluso entre los jóvenes. Sin embargo, la protección legal no acompaña a la familia. Más aún, asistimos a una campaña sistemática, que pretende arruinar a la familia en sus cimientos. La Iglesia es defensora de la familia y de todos sus valores. La Iglesia valora la familia, y todos debemos trabajar por fortalecer los lazos familiares, que sostienen a la persona en momentos de dificultad y le ayudan a crecer.

Queridos sacerdotes, en la familia tenemos un campo amplio de evangelización. En el campo de la familia y de la vida también nos jugamos el futuro de nuestra diócesis y de la Iglesia. La preparación de los jóvenes al matrimonio cristiano, la educación afectivo-sexual de los niños, de los adolescentes y de los jóvenes, en los colegios y en las parroquias, según una antropología cristiana, los centros de ayuda a la vida y de educación para la fertilidad natural.

Nuestra diócesis tiene que despertar también en este campo, con iniciativas nuevas que salgan al paso de las nuevas dificultades que encuentran los creyentes para vivir su fe y la moral católica en el tema de la familia y de la vida. Si garantizamos la supervivencia y el crecimiento de familias cristianas, habremos garantizado el futuro de la Iglesia entre nosotros. Os animo a participar en la preparación del Encuentro de Valencia, y animad a las familias a que participen, acudiendo a Valencia todos los que podáis, acompañados de vuestros feligreses.

Continuemos la celebración gozosa de Cristo Sacerdote. En los días sucesivos vamos a celebrar los misterios centrales de nuestra fe cristiana. A todos os deseo mucho fruto para vuestra vida personal y para todas las comunidades que vais a servir.

“Jesucristo nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén”.